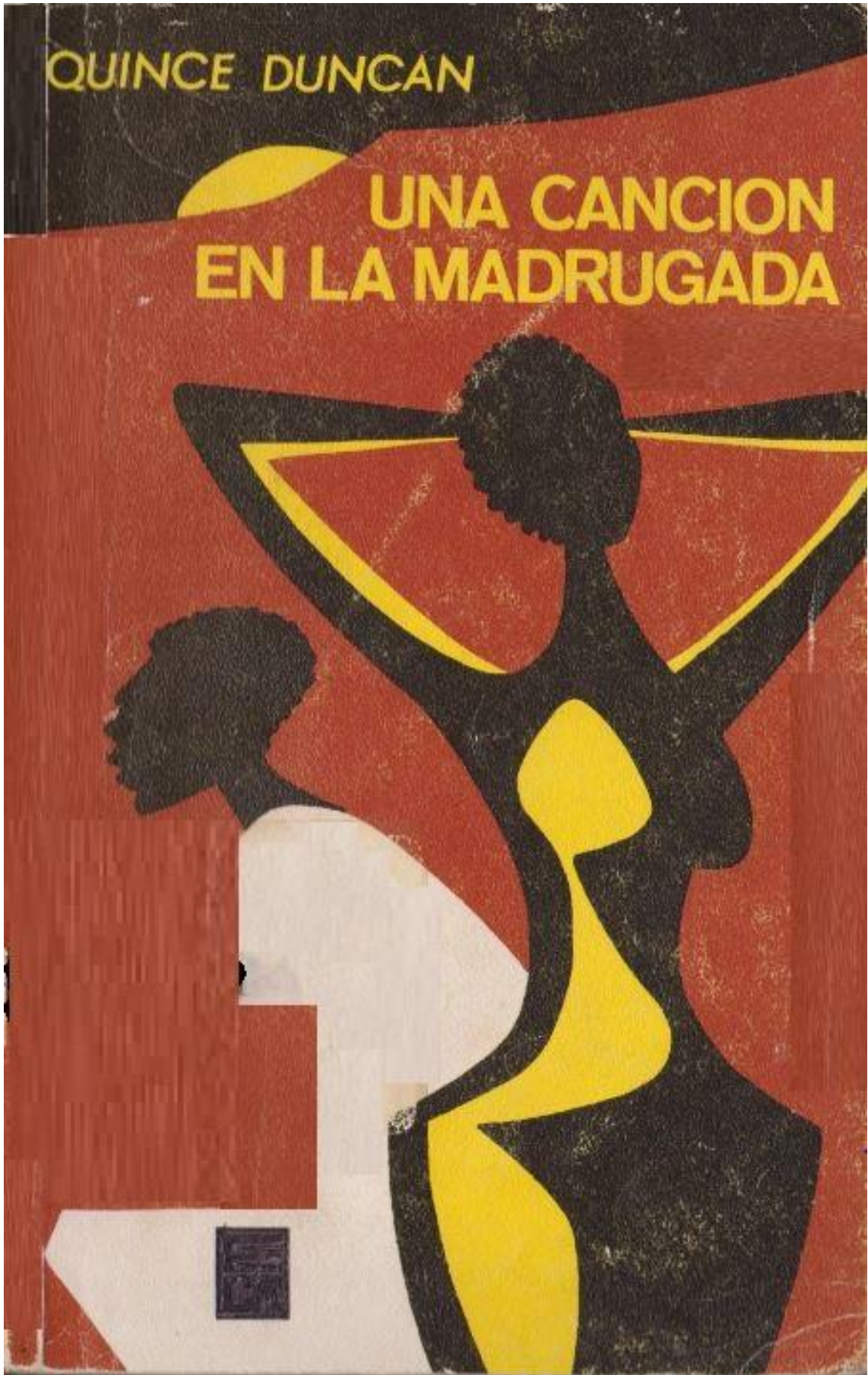


QUINCE DUNCAN

UNA CANCION
EN LA MADRUGADA



UNA CANCIÓN EN LA MADRUGADA



UNA CANCION EN LA MADRUGADA

UNA CANCION
EN LA MADRUGADA



EDITORIAL COSTARRICENSE
SAN JOSE, 1981

QUINCE DUNCAN

UNA CANCION
EN LA MADRUGADA



EDITORIAL COSTA RICA
SAN JOSE, 1981

Primera edición, E.C.R., 1970
Segunda edición, E.C.R., 1978
Tercera edición, E.C.R., 1981

CR863.4

D912u3

DUNCAN, QUINCE, 1940.

UNA CANCION EN LA MADRUGADA / QUINCE DUNCAN.

3. ED. - SAN JOSE: EDITORIAL COSTA RICA, 1981.

85 P.

1. CUENTOS COSTARRICENSES. I. TITULO.

© Editorial Costa Rica 1981

Impreso en Costa Rica
Hecho el depósito de ley

*A la Provincia de Limón, al pueblo
de Estrada y muy especialmente a la
memoria sagrada de James, Elvira y
Eunice.*

Setiembre de 1967.

Una canción en la madrugada

La cristalina claridad del alba penetra al cuarto con todo su esplendor, esparciendo por doquier sus manchas de luz. Nada turba la felicidad de los dos enamorados.

Hay contraste, policromía. Los días de Siquirres son secos, quemantes, brasa que hace sudar, que sume la conciencia en un sopor, a tal punto que el paladar se vuelve cuero. Pero en cambio las noches son besos de luna, caricia y canción.

Por la ventana la luz penetra al aposento y se deposita en los rostros, apenas lo suficiente para intuir su presencia. No se distingue el color de su piel; sus figuras, tendidas boca arriba, como dos gotas de humanidad mirando las estrellas.

Y de repente la voz honda, la palabra suave:

—Te quiero, Juanito . . .

—Y yo a vos, Mayra . . .

—¿Qué tanto?

—¡Mucho!

—¿Como esa estrella?

El cielo salpicado de innumerables lucecitas invade el ojo de Juan. Sonríe, celebrando calladamente la ingenuidad de su esposa.

—No . . . como esa estrella no . . . te quiero mucho más.

—Entonces me querés tanto como yo te quiero.

—Tampoco —dice con una repentina convic-

ción, como si de veras importara mucho lo que él dijera—. Mayra, te quiero mucho más que eso.

—No lo creo posible...

Todo lo demás surge en silencio a través de la sonrisa, del roce de la piel, del beso. Los pechos estallan en el helio, el fuego y la luz. Las estrellas se manchan de plata, las plantas recuperan sus formas en la realidad. Una nube blanca se tiende hacia el oeste, el cacao impone sus formas con natural alegría. Cerca, se suman al día el banano, el chayotal, la fruta de pan, la yuca, el ñampí...

Cuando los ojos vuelven al cielo, la plata se ha convertido en día. En la choza, los dos enamorados duermen el último sueño, el más sabroso de su cotidiano descanso. Las faenas vendrán con el día, el afán, el sudor, la hiriente sequía. A lo largo de las siguientes horas, Siquirres volverá a ser pueblo. Pero, por ahora, es pintura; pintura negra que se mece, que vibra amor en el pecho de Juan y Mayra. Amor, sí, y el amor es una canción en la madrugada.

*
**

Escuchó el pito de la extra, ya cuando ésta se aproximaba al pueblo. Debió haber oído el primer pito, acaso ahora no llegaría a tiempo. Se levantó de prisa y corrió a la cocina: era hora de ir a su finca.

—Mayra... ¿dónde está el té?

—¿Qué?

—El té, por Dios, que me deja el tren. Cairo queda lejos.

—Lo dejé en la estufa, hombré.

—En la . . . el té no está en la estufa.

—¿Eh?

—Despertá ya, mujer . . . ¡me va a dejar el tren, hombré!

La campana de la máquina anunció su arribo a la estación, y Juan continuaba en pijamas buscando el té. Mayra se incorporó con una calma desconcertante.

—Tanta prisa . . . ¡cho! Y lo que me da cólera es que ni siquiera te has lavado la cara.

—Cho, dame el té, hombré, y dejá de hablar, hombré . . .

—Pero muchacho: ¡si lo tenés en la mano!

—¡Bese mi nuca!

—Y me has hecho levantarme de la cama . . .

Se oyó de nuevo la campana y después un pitazo largo. Los esposos se miraron: el tren se iba. Se iba . . . Juan se puso sus pantalones con asombrosa rapidez, y tomando el machete, dejó el té sobre la mesa y salió de prisa hacia la vía férrea. Instantes después se colaba en el caboose.

Llegó a la finca una hora más tarde. El sol se abrió paso entre las hojas de los plátanos para contemplar al hombre en su trabajo, enfocándole sus rayos con tal furia que se diría que intentaba fulminar de una buena vez toda la vida humana, y extirpar al hombre del llano. La melanina de la piel de Juan le protegía contra la violencia del astro, y el humo del tabaco le protegía de los zancudos. Las polainas le amparaban de los espinos y de las serpientes. A veces el suelo cedía bajo la presión de los tacones; otras, eran otras vidas las que cedían al peso inclemente del hombre: insectos y plantas inde-

fensos. Todo en el llano era herida: el machete, la chuza, el agua, el pantano...

Y a la tarde, inició el lento viaje de regreso, sin más gloria que el sudor que pesa en los ojos.

*
**

Domingo. Procesión de trenes. Caminos repletos de viajeros, feligreses unos, compradores otros, y quizás los más, simples turistas. Las campanas de las iglesias, anglicana antes y romana después, anunciaron las horas de culto. La familia se puso en marcha.

Eran cuatro. Juan no tenía confesión, Mayra era católica romana, y los dos pequeños hijos asistían a la Escuela Dominical en la iglesia anglicana. Las calles estaban saturadas de color. Los fieles de las distintas confesiones se miraban con respeto, salvo los testigos, quienes no se consideraban como hermanos extraviados sino como verdaderos anti-cristos. Pero no había violencia: la violencia del llano les había enseñado que el respeto mutuo y la tolerancia son virtudes humanas.

De camino, los padres instruyeron a sus hijos sobre el comportamiento. Les indicaron además que, concluido el estudio, debían quedarse en casa de su abuela, puesto que Juan y Mayra planeaban un paseo después de la misa.

Diagonalmente, los dos templos se erguían en la esquina. La familia, deteniéndose brevemente en la puerta del templo romano, discutió los últimos detalles de la jornada. En la puerta del templo anglicano, una joven negra saludó a los esposos.

—Allá está la maestra, vayan . . . Y ya lo saben: nada de faltarle el respeto a la Abuela, ni tampoco jueguen trompo, ni canicas, ni cartas, ni chapas, ni nada de eso, porque hoy es domingo, el día del Señor.

—Sí, mamá.

—Además tengan cuidado con el barro y la ropa y pórtense bien.

—Sí, papá . . .

—Sí, amá . . .

No hubo besos. Los dos muchachos se tomaron de la mano y cruzaron la calle. Luego, cada uno siguió solo.

*
**

Después de misa los esposos fueron de paseo al Pacuare. Juan llevaba un saco de gangoche con los utensilios necesarios para la pesca de camarones. Arreglaron la trampa entre los dos: una especie de jaula de cedazo en cuyo interior pusieron un nido de comejenes. Hecho lo cual, se alejaron del río.

—¿Te animás a bañarte aquí?

—¿No hay cocodrilos?

—Pues supongo que allí afuera sí.

—¿Dónde querés que nos bañemos, pues?

—Aquí . . . aquí no más en el arroyo . . . es bastante hondo . . .

—¿Y no se meten aquí?

—No hombré, ¡chol!

El agua del afluente, cargando la luz cristalina de la pasada aurora, se escurría hacia el verduoso Pacuare.

A la orilla de lo que era casi una laguna, un gigantesco árbol detenía entre sus hojas los quemantes

fulgores del sol; con el viento las hojas dejaban paso de cuando en cuando a los rayos que danzaban entonces en el agua, ya inofensivos.

Dos cuerpos volaron un segundo por el aire y se hundieron en el agua. Filtrándose en sus ligeras ropas, el agua las pliega al cuerpo. Se agitan al dibujarse en la superficie mil surcos armoniosos, que corren a morir en la ribera.

Cuando salieron del agua los esposos, sonaba bárbara y auténtica la melodía fresca de los yigüirros. Solo ellos y las ardillas daban vida a la inenarrable quietud.

Juan y Mayra se miraron como si fuera la primera vez, acercando el frescor de sus cuerpos en la sedienta lentitud de la tarde. Fue un largo abrazo, que unió labios y palabras y dos nubecillas en lo alto del cielo, y el credo... el callado credo... credo... credo...

La rocola, la luz celeste, las mujeres vestidas con sus mejores ropas. Las unas negras, las otras blancas o mulatas. Los hombres tejen el colorario con sus vistosas camisas, muy bien aplanchadas y limpias, las faldas afuera, el pantalón sin faja. Hay ritmo en la sala.

No se oyen guarachas; el aire vibra con la resonancia sensual de los blues, calipsos y boleros. A veces una pieza sicodélica y alguna pareja que se luce. Pero Juan y Mayra preferían los blues, acaso porque en su cadenciosa tristeza se expresa con más fidelidad la alegría de vivir sobrepuesta al dolor de siglos del negro. Todos toman cerveza, incluso las mujeres, salvo los tímidos que se agrupan en la puerta del salón. En el rincón, los que ya se han copado se dejan

llevar por la sobrehumana armonía del conjunto, haciendo gala de una sincronización admirable. Sobrecogido en la cadencia de notas que los conduce, Juan piensa en la religión de su esposa, que les prohíbe a los niños jugar trompo los domingos, pero en cambio tolera el baile. Un amigo los saluda: uno que compró doble cero durante la semana a causa de un sueño, pero no lo adquirió el domingo, perdiendo la oportunidad de hacerse de una buena suma.

—Vamos, Mayra . . . mañana me toca dura la cosa . . .

—Si, es hora de irnos: mañana es lunes.

*
**

Salieron a la calle. En algún lugar del espacio y el tiempo quedaban bailando los recuerdos de otra noche de cristalina claridad, de manchas de luz que tiñen paulatinamente el cielo de plata. La noche se hacía frío. Las nubes cubrían ya el cielo.

Los esposos apresuraron el paso, pues presentían la molesta lluvia.

Duelo entre amigos

Uno era jamaicano de pura cepa. Conversador, alegre, aficionado al blasf. Tomaba ron con cerveza y lechía respondía.

El otro era un cartago de Terce. Masco como la lechía, cuentos que andaba de noche porque guardaba su libertad lo confundían con un espíritu.

Pero eran buenos amigos. Nadie supo jamás cómo empezó la extraña amistad, pero se les veía siempre juntos en todas partes. En una época en que los jamaicanos y los nativos de la provincia apenas se trataban, la amistad de los dos labriegos era el diario compartido de todos.

Un día, el cartago visitó a su amigo en su casa. Para ver, el jamaicano tenía una botella de ron de su tierra, y el cartago era buen bebedor.

Pero dicen que después de tomar la botella se peleó la fiesta con guero.

Horas más tarde, cuando los dos estaban borrachos, el cartago tomó el vil desprecio de ocupar en el pie del jamaicano. Y entre tragos, un amigo le rodó al otro. La fiesta acabó en una bronca y el cartago salió de la casa empujando de todos los viejos habidos y por haber.

Pasaron varias semanas. No se les volvió a ver juntos. Y una noche cuando la luna apenas iluminaba el largo camino, se oyó la colisión de dos cuchillos. Dos golpes sucesivos.

El otro era un cartago de Taras. Blanco como la leche, cuentan que asustaba de noche porque gracias a su flacura lo confundían con un esqueleto.

La mujer de la capa blanca

Uno era jamaicano de pura cepa. Conversador, alegre, aficionado al *bluf*. Tomaba ron con cerveza y leche evaporada.

El otro era un cartago de Taras. Blanco como la leche, cuentan que asustaba de noche porque gracias a su flacura lo confundían con un esqueleto.

Pero eran buenos amigos. Nadie supo jamás cómo empezó la extraña amistad, pero se les veía siempre juntos en todas partes. En una época en que los jamaicanos y los nativos de la provincia apenas se trataban, la amistad de los dos labriegos era el diario comentario de todos.

Un día, el cartago visitó a su amigo en su casa. Esta vez, el jamaicano tenía una botella de ron de su tierra; y el cartago era buen bebedor.

Pero dicen que después de tomarse la botella siguieron la fiesta con guaro.

Horas más tarde, cuando los dos estaban borrachos, el cartago cometió el vil desprecio de escupir en el piso del jamaicano. Y entre tragos, un amigo le reclamó al otro. La fiesta acabó en una bronca y el cartago salió de la casa renegando de todos los negros habidos y por haber.

Pasaron varias semanas. No se les volvió a ver juntos. Y una noche cuando la luna apenas iluminaba el largo puente, se oyó la colisión de dos cuchillos. Dos *collins* nuevos.

Hermanos en el agua la sangre boruca, la sangre aschanti, la sangre hermana en el agua buscando un mismo destino; tiñó de paso los rústicos polines.

*
**

Después, los vecinos los enterraron con pesar. Los pusieron el uno frente al otro, para que compartiesen la tierra, el frío y la lluvia.

Y a partir de ese día se difundió la leyenda por toda la provincia:

“Había una vez un jamaicano y un cartago que eran amigos” . . .

Un día el cartago vino a su amigo en su casa. Esta vez el jamaicano tenía que contarle de su vida. Y el cartago era un buen oyente. Los días que después de tomar la botella se guisaron la fiesta con guiso. Hicieron una tarta cuando los dos estaban por. Que el cartago le contó el vi. Después de eso en el piso del jamaicano. Y entre los dos amigos se quedaron al otro. La fiesta acabó en una buena y el cartago salió de la casa esperando de volver los días que habían y por haber. Pasaron varias semanas. No se volvió a ver juntos. Y una noche cuando se hizo silencio en la casa el jamaicano se volvió a escribir de los días que.

La mujer de la capa blanca

Frente a nosotros, en Lincolnton, hacia el año
1910, en un momento, el cielo azul de primavera
se veía, y a veces, en los días de las neblinas espesas,
la misma brillante neblina en los ojos.

Hay veces en las que los destellos brillantes
de los destellos continúan. Se encuentran muchas
veces de papales increíbles; el fuego azul y negro
de las neblinas, pronto, alagado por el viento.

Sobre un día de un día se levantan las blancas
neblinas de la ciudad, en un momento. Desde
de su aparente blancura, se veía la historia
de dolor, tragedia y vicio de la ciudad. Finalmente
el tiempo, la ciudad sigue indiferente al momento
de un día, del día a día, los ojos siguen
sobre los que en una forma o otra, desde un
momento de la sociedad humana.

Una solitaria figura sobre la península con un peso
sobre ella. Mira al cielo, como si deseara de un
momento, veía, veía, veía, veía, veía, veía, veía,
sobre la ciudad. El viento le mira, sus ojos
dirigidos en aquel cuerpo humano. Trata de evitar
las neblinas imbercibles, pero sus ojos vuelven a
verlos en la hermosa figura. Sabe desde las estre-
churas hasta detenerse en el momento, por un momento
de un día, se veía la mirada terrible de la
ciudad. Pero la luz ciega. Baja los ojos.

Pleno invierno. En Limón llueve todo el año. Los días oscuros, el cielo lleno de grisáceos nubarrones. Y, a veces, en los días de tan andrajoso aspecto, la tristeza ambiente refleja su peso en los rostros.

En tardes así, convergen los destinos humanos hacia derroteros comunes. Se encienden muchas llamas de papeles inservibles; el fuego nace y muere con asombrosa prontitud, ahogado por el clima.

Sobre un diminuto cerro se levantan los blancos muros de la cárcel, en un pueblecito limonense. Detrás de su aparente blancura, se acumula la historia de dolor, tragedia y vicio de los sin ley. Resistente al tiempo, la cárcel sigue indiferente al sentimiento humano, fiel a su cometido: hacer sangrar angustia a todos los que en una forma u otra, atenten contra los postulados de la sociedad omnipotente.

Una solitaria figura sube la pendiente con paso forzado. Mira el suelo, como si desconfiase de sus propios pies, vacila, sonríe, respirando con marcado esfuerzo la densa brisa. Él guarda la mira, sus ojos clavados en aquel cuerpo sensual. Trata de evitar tan abierta indiscreción, pero sus ojos vuelven a recrearse en la hermosa figura. Sube desde las extremidades hasta detenerse en el rostro: por un instante sostiene en su mirada la mirada terrible de la desconocida. Pero la luz ciega. Baja los ojos.

—Buenas tardes... —en los largos y finos dedos de la muchacha hay un anillo de matrimonio.

—Traigo la ropa de Cuperto... sale hoy...

Se resiste a creer lo que escucha. Cuperto es un criminal. No había relación posible entre él y esta señorita de modales tan exquisitos, de aspecto tan femenino...

—Eso es con el Jefe político... eentre por esta puerta... allí eestá.

Ella, acaso burlándose muy disimuladamente, le da las gracias y avanza hacia la puerta. Los ojos del guarda devoran el canela sutil de su piel, sus labios se entreabren, un brillo salvaje ilumina sus ojos asustados. Tiembla. Alguien lo ha tocado en la espalda. Se vuelve para enfrentarse a un negro alto de aspecto atlético. Retorna de su éxtasis violentamente.

—¿Qué mira tanto?

—¿Cómo?

—¿Qué mira tanto?

Atolondramiento. Sangre que se revuelve en las arterias.

—No mire dos veces a esa mujer si quiere seguir vivo.

Con la misma increíble sigilosidad con que se aproximó, el negro se aleja. El guarda se ha vuelto mudo. Sus ojos buscan instintivamente la figura de la beldad. Un rayo enciende el parco cielo vespertino, y segundos después el trueno precede al aguacero.

El guarda piensa en el marido de la desconocida... y su pecho se llena de una voraz pasión. Sus

ojos se posan tristemente en la punta de su revólver: ha quebrado un mandamiento más.

Entretanto, en la oficina del Jefe el negro le jura a la joven que hará cualquier cosa por ella y por su hermano.

Un regalo para la abuela

Se oye en el pueblo el lejano silbido del tren. Rompe el silencio de los contornos, saltan los corazones de los habitantes de Estrada. "Vienen. Vienen como por dieciocho millas."

Limón había caído pocos días antes en manos de las fuerzas revolucionarias. Ahora, avanzando sin resistencia se aproximaban al pueblo, y el pueblo temblaba de miedo. Cocobello temblaba también, igual que todos.

Le contaron que los rebeldes reclutaban al igual que antes lo había hecho el gobierno. De repente estaba en medio de una revolución, cuya causa no comprendía, y cuyas consecuencias eran de temerse. Ni modo: decidió repetir la treta que le había servido con el ejército oficial.

—Ruby —su voz temblaba—, busque los cojines.

—Voy . . .

—Apúrese . . .

—Voy . . . vaya quitándose la camisa . . .

De nuevo el pito hiere oídos y entrañas, calando hacia el hueso. Se rasura de prisa. Piensa que ha sido afortunado, pues estaba en casa al saber la noticia. . De otra manera a lo mejor . . . Pero de todos modos, a lo mejor . . .

Torpemente se ha puesto las medias de hilo. Ruby le amarra los cojines. Un pañuelo cubre sus

cabellos crespos. En el piso se refleja el brillo intenso de su negra piel.

El tren se detiene a la entrada del pueblo. Se acerca el momento. Todos viven intensamente los minutos de espera. Hay angustia en cada ojo, en cada frente.

¿Por qué? ¿Desde cuándo habían perdido los negros la nacionalidad antillana?

Muchos se habían marchado a la montaña. Las elecciones habían transcurrido como siempre, con orden y resignación fatalista en la población de Estrada. ¿Qué sucedió después? El hecho es que Cocabello tenía seis hijos, que están refugiados en la casa de sus suegros. El no los dejará para luchar en una guerra que no es suya.

—¿Cómo me veo?

—Muy bien, abuela . . .

—No me salga con eso ahora . . .

—Chisas Kraist —exclamó Ruby—, unos vienen directo para acá . . .

—Bueno, mujer, calma, calma . . .

—Sí, sí, Ok. Lo tomaré con calma. Pero no me hable con ese tono de abuela idiota . . . métase en la cama ligero . . .

Las voces se quedaron luego en el corredor: negrita, si senior, adónde está su esposo, cuál esposo, su esposo, mi solo tener hijos no esposo, de qué edad, el mayor treinta y cinco y anda metido en esta cosa, de qué lado, Ruby mentía, mentía y ojalá que se acordara de su mentira, de qué lado pelea, quién, y cómo voy a saber, mi no saber, quiero saber de que lado está, si con el desgobierno o con la revolución,

mi no entiende esta cosa, bien, ¿hay soldados en el pueblo?

Y esa pregunta pasó a través de la pared y golpeó en los oídos de Cocobello abriendo la herida, tratando de comprometer a Ruby a tomar parte en un asunto en el cual ella no tenía parte; ¿soldados? Hombré, hasta el jefe político se fue, salió corriendo. Para adónde, mi no sabe, mi no ser espía o algo así, bueno morena, no se enoje, nosotros los vamos a ayudar a ustedes, ustedes han sido explotados, nosotros vamos a venir más tarde, cuatro de mis hombres . . . ¿qué? A acampar aquí, la casa es grande . . . es que mi solo tener dos camas y abuela está enferma y . . . no hay problema pueden dormir en el suelo. Ah carao hombré . . . qué dijo, nada nada señor, nada.

Por la puerta, que Ruby había dejado entreabierta, Cocobello pudo ver el rostro del oficial. Igual a los otros. Un ruido repentino le arrebató la imagen: un avión gris surgió del noroeste. Los ojos del pueblo se elevaron hacia el metálico demonio, y con los ojos se alzaron los corazones. Cantaron tarareando las ametralladoras y los soldados se zambulleron entre los matorrales. A los pies de doña Ruby, se incrustaron en el suelo un par de balas. El avión peinó el solar, y, dando vuelta, se alejó hacia el oeste.

A un cuarto de milla, debajo del tanque de agua que abastecía a las locomotoras, una máquina escupió fuego. Doña Ruby vio el cielo encendido y pensó en el rayo y el trueno; eran rayo y trueno artificiales creados por el hombre para destruir al hombre.

Del avión empezó a salir una estela de humo negro. El avión dio una nueva vuelta y se tendió

hacia el este a toda prisa. Doña Ruby bajó los ojos. Las cabezas de los soldados comenzaron a surgir de entre los tupidos arbustos. Continuó allí, inmóvil, contemplando con primitiva admiración a los victoriosos. Era su primera experiencia bélica, y tal vez también la postrera. Se contaba por dichosa entre los mortales.

Más tarde vendrán. Con mucho gusto, para servirle senior, Cocobello respira hondo.

*
**

En las primeras horas de la tarde vinieron los soldados. Eran cuatro. Traían víveres de la pulpería del chino. Cocobello pensó en ese detalle con temor. La idea del saqueo le hacía dudar del futuro gobierno. Los soldados se encariñaron con la «viejecita». Le prometieron una pensión para cuando se implantara el nuevo gobierno. Los negros de la costa ya no serían explotados, como lo fueron bajo el gobierno liberal que las fuerzas revolucionarias estaban derrumbando. Dijeron que

—Expropiaremos el ferrocarril y se lo entregaremos al negro.

Cocobello pensó que el negocio era bueno. Y juró apoyar al nuevo régimen.

Antes de irse los soldados le dieron un regalo a la abuela, con la única condición de que no lo abriera hasta que se hubiesen ido.

*
**

Diana.

Cantan los gallos. En el potrero de miss Ela el potro relincha. Entre la soldadesca, es cierto, se oyen

gritos extraños a la región, algunos salvajes para los pobladores de Estrada.

—Qué asiada la negrita.

—Sí... son gente limpia de veras. ¿Y qué me le dice a ella, eh?

—¡Ay a yay!

—Quién quiere trabajar para mantener negritos...

—Ydiay... ¿quién habló de eso?

Se fueron al promediar el día. Cocobello sale de su cama para abrir el regalo. Su mujer, tendida de rodillas limpia el piso. Alza los ojos al oír la exclamación de su marido:

—Güel-ai-bi-dam, calzones y medias de seda —dice, y se echa a reír. Cocobello, mientras se inunda de la risa, piensa en sus hijos.

—Qué cosa —exclama y deja de reír—, todo está tan bien como lo estuvo ayer.

Las oropéndolas

*... y la voz dijo "no", y tan
solo por eso, aquí lo tienes ...*

Al amparo de los dioses vuelan siempre. Por las mañanas surcan el cielo camino al sur; vuelven al caer la tarde, arrastrando tras sus amarillentas colas, la puesta del sol.

Uno se fija en el agua: el reflejo de las oropéndolas se reviste de armónico cristal; desde el fondo, más profundo que el cauce; en el cielo, más alto que las hojas del pejibaye, y cada día más significativo, conforme los años transcurrían, sobre nuestras infantiles cabezas.

Cada día íbamos a verlas. Y en nuestro cotidiano peregrinaje aprendimos a amarlas. Pero nunca supimos explicarnos por qué, nunca se les ocurrió mudarse de nidos, para establecerse mejor en las cercanías del maizal de don Fredric. Pero nunca lo pensaron. Por lo menos, eso es lo que Ronald y yo deducíamos, en esos tiempos que vibrarán siempre en el recuerdo más hondo.

Teníamos doce años. En tal edad, cuando apenas despertamos del letargo infantil, todas las cosas se convierten para nosotros en motivos apasionados. Nuestra devoción por las oropéndolas nos valió el implacable castigo de los mayores, que no comprendían la gran verdad: no nos escapábamos de la casa por malos, como ellos nos decían, sino más bien por poetas.

Y diariamente, bajo la sombra de los árboles, quietos como la vida, y como la vida palpitando inquietud, vertíamos la contradicción de nuestros seres en el intenso amor de que todos somos capaces a los doce años.

Jamás osamos turbar la paz de nuestras amigas. Las mirábamos de lejos, sintiéndonos partícipes de sus juegos y disputas; extasiados, deplorando el ruido del bosque, temerosos de que fuese a robarnos tan inestimable compañía.

Y sobre nuestras manos y nuestras frentes transcurría calladamente el tiempo, revelándonos a cuentagotas las intimidades de la naturaleza.

Pero un día tuvimos la idea de invitar a otro amigo a la cita diaria. Ni Ronald ni yo nos hemos perdonado ese grave error. Porque la verdad es que pudimos habernos imaginado que el compañero llevaba una flecha.

*
**

Como siempre, al caer la tarde, las oropéndolas vuelan al amparo de los dioses. Surcan el cielo, luciendo sus amarillentas colas, arrastrando tras de sí los postreros suspiros de cada crepúsculo, camino al norte. Las miramos pasar con una tristeza que cala y hunde en la región más sensible de nuestro espíritu. Al lugar de encuentro diario, allá en el maizal de Mr. Fredric, no volvieron nunca.

Acaso no pudieron olvidar que allí, una mañana soleada, sobre el verdor iluminado de la llanura, acarició la tierra el rígido cuerpo de una compañera muerta a traición.

Nueve días

Sobre la mesa de madera, el chocolate arde. Arde espeso, y el vapor se hunde en lo invisible. Pan limonense, aguardiente, bacalao frito. Dominó sobre otra rústica mesa, coritos alegres entre la muchachada. Todo en abundancia. El sudor también, que corre, pasa el ojo y cae sobre las camisas y las blusas y las manos sudorosas.

“¡Pero si se ha muerto la abuela!”

Había sido una señora muy buena. O, mejor dicho, tal resultó después de muerta. Miss Love, Miss Jemina, Miss Askme . . . todas . . . dieron el veredicto que la hizo de pronto pasar del infierno a la gloria. La generación entera de los correveidiles del pueblo estaba congregada en tan feliz . . . en tan triste ocasión, y sus más genuinos representantes —la crema y nata de las brujas— discuten las postreras virtudes de quien en vida fue la adorable y nunca adorada abuela.

Todos están en la fiesta de los nueve días.

“¡Pero si se ha muerto la abuela!”

También las brujas cantan. De sus labios brota toda la tensa tesitura de los viejos sankis, la herencia singular de la centenaria tradición antillana.

Cantan. A veces se detienen para orar, usando las fórmulas del Libro de Oración Común, de la Iglesia Anglicana, otras veces prefieren improvisar la evocación. Y cantan siempre.

“¡Pero si se ha muerto la abuela!”

Todo tiene sentido. El himno que brota de sus labios, la promesa que enuncia, la lágrima que fingen sin engañar a Dios. Todo.

“En el camino llano de luz eterna
en la orilla del Río Jordán . . .
en la orilla derecha de la celestial ribera
bañados en sus aguas tú y yo,
salvos seremos tú y yo.”

Sobre la rústica mesa el chocolate. Té, café, bacalao, plátanos asados y fritos, verdes y maduros, suficiente aceite de coco y sal, y . . .

“En la orilla derecha de la celestial ribera
salvos seremos tú y yo . . .”

“Pero, ¿no se ha muerto la abuela?”

El rezo muere poco a poco en la profusión de cosas distintas. Cuando jueguen al tablero, Mr. Aman le ganará a Mr. Peters porque es un jugador de más experiencia. Y Mr. Roá le ganará a Brother James porque juega mucho mejor.

Por otro lado, el Chino Bucks y la Gata Rosita se escapan como siempre lo hacen, de todos los novenarios, indiferentes a los fantasmas, descono-

ciendo el temor y el respeto con que la gente honra a sus muertos.

—Pronto la verás con busto de a nueve —dice una de las brujas.

—Sí —respondió la otra— y luego la dejará.

—Claro, es un irresponsable.

“Pero, ¿no es éste el novenario de la abuela?”

Sí lo es. Hoy se celebra la ascensión de su espíritu. Por eso están alegres, por eso cantan la cristiana promesa:

“En la margen derecha de la celestial ribera salvos seremos tú y yo...”

La luz del vigía

A la Niña Regina de Barrantes

Noche a noche suelta lo mismo. La estrada
de capataz la arrastra de un lado
a otro, ya en la misma, ya en otra dirección.

Se despiden los cueros de silla por donde
vaya de prisa, y apurada es otra prisa, más dis-
tante ya en la misma, ya en otra dirección.

Una noche los machuchos del pueblo se propo-
saron dejar al desnudo el servicio de la Luz del Vigía.

A las seis estaban ya desahogados. Cada uno
con sus cosas para darse a volar. Luego, lo mismo
seguirán andando hasta el día por la carretera.

Anduvieron una millo de horas a un paso pro-
fundo y luego se desahogaron. Minutos de día y
de noche la luz. La calma de siempre, a unos diez
pasos delante de ella.

Los cueros de silla se separan con incerti-
dumbre. La espantosa, la silenciosa, la
triste, pero sobre todo esa sensación inabarcable
de que nos llega cuando embestamos lo agudo, está
en una verticalidad de pesar. Con un poco de suerte,
nos a mirar por fuera el número de los desahogos.

La luz siempre avanza, a diez o más minutos
delante del viajero, y se aproxima a la misma dis-
tancia. El aquel aproxima al paso, en un silencio
que alumbra al espacio vital que le acompaña, la

Noche a noche sucedía lo mismo. La extraña luz captaba la atención de todos, moviéndose por la vía férrea a la altura del medio cuerpo de un hombre.

Se desplazaba un cuarto de milla para desaparecer de pronto, y aparecía en otro punto, más distante, ya en la misma, ya en otra dirección.

Esa noche los muchachos del pueblo se proponían dejar al desnudo el secreto de la Luz del Vigía.

A las seis estaban ya congregados. Cada uno tomó dos tragos para darse valor. Luego, la pareja designada caminó hacia el este por la interminable vía.

Anduvieron una milla conforme a un plan prefijado y luego se devolvieron. Minutos de viaje y de pronto la luz. La misma de siempre, a unos diez metros delante de ellos.

Los corazones de todos saltaron con incontenible pasión. La expectativa les infundía miedo y esperanza, pero sobre todo esa sensación indescriptible que nos llega cuando enfrentamos lo ignoto, acaso una variedad de pavor. Con un poco de suerte, iban a echar por tierra el misterio de los decenios.

La luz siempre aparecía a diez o más metros delante del viajero, y se mantenía a la misma distancia. Si aquél apresuraba el paso, en un esfuerzo por alcanzar al supuesto mortal que la cargaba, la

luz le hacía objeto de burla, alejándose, o, a veces desapareciendo en el acto para aparecer segundos después a considerable distancia.

¿Cuál era el misterio que ocultaba? Los viejos contaban la historia de la luz a su manera, pues no la habían visto nunca y la vieron después de la trágica noche en que un brequero en servicio cayó abatido por su destino.

El problema era que los muchachos de las nuevas generaciones ya no aceptaban tal explicación, y se empeñaban en calzar el fenómeno dentro del campo de la lógica aprendida en el aula.

Después de esa noche se sabría, se sabría con toda seguridad.

Los dos muchachos apresuraron el paso y la luz comenzó a alejarse con mayor celeridad.

—Corramos . . .

—Corramos, compañero . . .

Corrieron. Treinta y cuarenta y cincuenta metros de inútil esfuerzo a pulmón lleno. Setenta metros de frenética carrera. Cada vez más rápidamente, cada vez con una dosis mayor de amor propio.

—Corramos, compañero, tenemos que alcanzarla.

—Eso es lo que estoy tratando de hacer . . .

*
**

La luz se aproximaba al grupo, que la vio venir a toda prisa.

—¡Esta noche sí que la agarramos, man!

—Hombré, yo creo que sí . . .

Nueve metros adelante. Los muchachos tendieron una cuerda a través de la vía, y cuatro de

ellos se repartieron a ambos lados sosteniendo la punta. Los otros se pararon un poco más atrás.

Ocho metros. Siete metros . . .

Casi se podía oír el palpitar de los corazones. Las manos de todos estaban frías; de sus frentes caían inmensas gotas de sudor. Detrás de la luz se oían los pasos de los otros muchachos, acercándose a toda prisa.

Seis metros.

Y de repente la luz no estaba. Se apagó como se apaga un foco.

—Santa María . . .

Los dos perseguidores se detuvieron frente a la impávida comitiva.

—Mirá —gritó uno antes de que pudiesen por lo menos reaccionar—, allí está atrás . . .

Todos miraron. Allí estaba. Nadie quería admitirlo. Desbandada. Fuga veloz sin rumbo común.

Entre los matorrales se oía el ruido de veintiocho pies. El eco portaba el Nombre de Dios y de María, o el nombre de la propia madre. Pero todos huyeron.

La sensación era la misma: un crecimiento desproporcionado de la masa encefálica, como un globo que se infla, y, como un globo, todos expuestos a reventar.

Muchos se agarraron de la cabeza en su desenfundada huida. Nadie se detuvo hasta llegar a su respectiva casa, y nadie quiso contar la extraña odisea. Mutismo hermético en todos ellos, aterrados por el desesperante pánico. Silencio de tumba.

*
**

Al día siguiente los jóvenes volvieron a la escuela. Volvieron tristes. Unos habían llorado; ninguno pudo dormir. La maestra notó la tristeza general y en el recreo los llamó aparte para indagar sobre el problema. Nadie quería contar la historia. Esa triste historia que todos negaban sabiéndola cierta. Porque contarla equivaldría a reconocer que efectivamente había sucedido, y de admitirla, los abuelos iban a resultar de pronto héroes, y su historia dejaría de ser una simple leyenda. La ciencia adquirida en el aula estaba en peligro. Y eso no era permisible . . .

Pero el más joven se dejó persuadir y contó la historia. La maestra, como era de esperar, se rio, hiriendo el orgullo de los muchachos.

—Vamos esta noche, Niña, —dijo el mayor— si es que usted se anima.

—Muy buena idea. He luchado contra la superstición en las lecciones, valga la oportunidad de hacerlo en el propio escenario de los hechos imaginados por ustedes.

Renuncias a granel.

—Además, será un buen paseo si no llueve. Y para que nadie se quede sin ir, será una excursión oficial de la clase, y mañana durante las horas lectivas me van a hacer un breve resumen de los sucesos de esta noche.

Entonces hubo resignación. Volvieron a la clase cabizbajos, lúgubres y vencidos como la paz remota de todos los cementerios.

*
**

La noche de nuevo. La luna jugaba con las nubes, burlándose de quienes tal vez enamorados, la contemplaban. Y de la luna se ocupaba la maestra, cuando se oyó un murmullo entre el grupo. Era el susurro de cuarenta voces.

La educadora bajó la vista del cielo, y no pudo evitar el asombro al comprobar que delante de ellos iba, a unos diez metros, la Luz del Vigía.

Sintió compasión por los muchachos, convencida cual estaba de que aquello no era sino otro viajero. Iba de frente, pues, confiada, con esa autosuficiencia que otorga el estudio.

Inesperadamente, la luz se detuvo, y la maestra aprovechó la ocasión para echarse a correr hacia ella.

—Señor . . . señor . . .

En la distancia, el eco de su voz, única respuesta a su llamado. Única y triste . . . como la voz del ave nocturna. Y luego la luz se apagó. Murmullos entre los estudiantes. La maestra volvió al grupo.

—Pues fui hasta donde estaba la luz —confesó— y busqué por todas partes con el foco y no vi a nadie. ¡Qué raro!

Pero el grito de uno de los muchachos estremeció a todos.

—Niña, véala allí . . . vea allá . . .

Era la luz de nuevo, esta vez entre ellos y el pueblo. Miedo. Pánico.

Oculto en la oscuridad de la noche la maestra se permitió un gesto de asombro. De incredulidad más bien, que caló de prisa hacia su corazón.

—Vamos tras ella.

Comenzaron a correr, todos alumbrando con sus focos.

—Paren —ordenó la maestra, después de unos treinta metros—, iré sola.

—Pero Niña . . .

—No tengan cuidado . . .

—Iré con usted —dijo el mayor—, por favor déjeme ir.

—Bien, acompáñeme, pero sólo usted.

Ella creyendo en su sapiencia; él creyendo en ella, avanzaron con los focos apagados. De los labios de la maestra escaparon las palabras de un Padre Nuestro. No fue suficiente, por lo cual balbuceó también el Rosario. Después, junto a su fiel alumno, echó a correr en la semioscuridad de la noche. Detrás de ellos, a lo lejos, los demás compañeros caminaban a paso lento.

Maestra y alumno corrieron hasta el pueblo. Un poco antes de llegar la luz se apagó de nuevo, para surgir muchos metros atrás. Los adolescentes miraron el fenómeno y supusieron lo que había acontecido. Tristes, cabizbajos, sobrecogidos y meditabundos, cada quien se dirigió a su casa, bebiendo el acibar de la derrota. Pisaban bajo sus plantas la omnisapiencia científica y toda la legión de sus apóstoles.

Dos caminos

Para mis excompañeros de la S. M. E.

Podríanse hundir en derredor. También. Clases de una juventud.

—Irán a la ciudad. La situación es mejor.

León que todo lo sabe, todo lo sabe, incluso las cosas de saber.

—Allí viajan por el mundo. Quédate alguna vez y faltará el pan cotidiano. ¡Ah, muchachos! Es una aventura que les aguenta.

Es una vez de vida; una vez tremolante; una vez que uno tiene que cerrar los ojos y avanzar por un camino de tiempos de vida, los tiempos verdos. Luego, el mundo entre las hojas marchitas que abundan en una aventura.

—Algunos no hay futuro para muchos y necesitan. Necesitan ser de la palabra para media. De las pocas suben en esta región, los pocos que no son nunca inseguros; la ayuda del gobierno se hace sentir.

En una casa negra la que tenía el frente. Una mujer que se quedaba en la habitación en toda su vida. Ella miraba los cuadros, en las cosas que se quedaban. Miró en el espejo de su propia vida, miró en el mundo, miró en el mundo, miró en uno a uno con inútil paciencia. Y luego, miró en el mundo de la vida que me hablaba, miró y miró en su propia vida, se quedó de mí

Poderosas sombras en derredor. Tambores. Clamor de una juventud pujante que despierta y vive.

—Irán a la ciudad... a la capital, donde la educación es mejor.

Imán que todo lo atrae, todo lo induce, insaciables ansias de saber.

—Allá vivirán pobremente. Quizás alguna vez les faltará el pan cotidiano. ¡Ah muchachos! Es dura la empresa que les aguarda.

Era una voz de vieja; una voz trémula; una voz que me hizo cerrar los ojos y evocar por un instante los tiempos de seda, los tiempos verdes. Luego, al abrirlos miré las hojas marchitas que abundaban en torno nuestro.

—Aquí no hay futuro para ustedes y necesitan mejorar. Necesitan ser de la poderosa clase media. Cada día los precios suben en esta región, los medios de trabajo son menos asequibles; la ayuda del gobierno no se hace sentir.

Era una cara negra la que tenía al frente. Una cara campesina, que reflejaba la historia en toda su profundidad. Ella conocía las causas, yo, las terribles consecuencias. Me miré en el espejo de mi propia vida: quince años de mundo, quince estériles años superados uno a uno con inútil paciencia. Y luego, al contemplar el rostro de la vieja que me hablaba, era como si mirase mi propia faz, se apoderó de mí

un súbito escalofrío: he aquí que hablaba con alguien ya muerto . . . con los restos de una época de gloria.

—Aprenda, hijo, aplique su cabeza. La llave de su futuro está en el estudio y en el esfuerzo. En la misma medida en que aprenda el idioma será hombre o sombra. No lo olvide.

Hubo un silencio que se prolongó sobre mi vida con la lentitud de una eternidad. Siglos después, habló de nuevo.

—Me he detenido junto al camino, para decirle a mi raza . . . para decirle a mi pueblo que sólo siendo mejor logrará la igualdad a que tanto aspira. El que trabaja, sea mejor. El que estudia, entréguese de lleno. Y sobre todo, hijo, ame . . . ame mucho.

De nuevo me miró. ¡Cuán miserable era mi aspecto! Mis pantalones de mezclilla barata, mal remendados, mi camisa a cuadros con las faldas afuera, mis zapatos desprovistos de lustre, las medias rotas.

—Dos caminos tiene, hijo; dos solamente: el camino del cieno en donde se vegeta y muere, y el de la gloria que es constante lucha. escoja.

Pensé en el dinero. ¿Con qué iba yo a costear el viaje y los estudios?

¿Me era dable emprender tan titánica empresa?

Una cosa comprendía, sí, con absoluta claridad: eran preferibles los riesgos de tan insegura odisea, a la amargura del cieno profundo.

Demasiado peso

Siempre con el mismo lodazal de ayer. Cada día y cada hora, los ojos llenos de agonía y las manos secas por tanta lucha, y total para nada. Y dicen que uno es vago, que no le gusta trabajar la tierra, y yo pregunto, ¿trabajar la tierra para qué? Total, la tierra no nos pertenece después de cincuenta años de trabajarla. Un día aparece el verdadero dueño: uno que no había nacido cuando papá dio en esos terrenos la primera machetada, y reclama la tierra y nos echa. Mejor trabajemos en el muelle. ¿Y trabajar en el muelle para qué? Día tras día con los callos vivos restregándose contra las callosidades muertas, como lumbre y ceniza, la palma, cansada de producir riqueza para ninguno de los míos; el mundo tiene su peculiar estilo que nadie le quita porque es muy suyo, pues, a la verdad, así lo hicieron y así se queda. De tal manera entonces, condenación al infierno y jale.

Con eso, con más, con que uno resulta vago-bundo así que se ha matado creando platos de comida para los hijos de otros, para los hijos que van a estudiar a Europa, con las venas rotas y la piel calcinada, ¿cómo es posible? Andar de aquí, de allá, cargando esto que Dios tuvo a bien darnos y sobre cuya utilidad no se han puesto de acuerdo los hombres. Hay que cargar la incertidumbre de todos los

días. Condenación mil veces, condenación al infierno y jale.

Hay sal en los ojos. Sal en el aire, en la palma, en la arena. La vida entera está cargada de sal.

¡Dios! ¡Dios! . . . los huevos de tortuga cada día más escasos, el Jefe del Resguardo tiene su lotería clandestina; la esposa del gobernador se tiene una historia paralela a la mía; el sacristán voló con las ofrendas. Y a mí nadie me viene a decir que estas cosas no me importan. A mí todo me importa, porque respiro el mismo aire que todo el mundo. Y me como los mismos cocos también. Y en la capital, dicen que por el Paseo de los Estudiantes están dando números, y yo ni siquiera tengo los pases como para ir a pedir algunos.

*
**

La ciudad agoniza con la lentitud de un árbol frondoso que ha quedado de pronto en medio del desierto. Rodeada de arena, aislada, se muere, se acaba. Las hojas caen una tras otras, secas, descoloridas, tapizando la arena, pasivos testigos de la gloria de ayer.

Cada día, cada hora, cada momento, la rutina sigue conmigo, incontrolada, agotadora: uno suda como si dijera, "el mar se evapora", se acuesta sin cobijas y las sábanas amanecen mojadas. Uno sale de su casa bajo el sol, y suda bajo el sol, se acuesta a la sombra y suda a la sombra. "Condenación al infierno y jale", repiten descaradamente los ecos que vibran con el peso de la vida, suspendidos sobre las cabezas de cada uno de los habitantes, y nada, nada más.

Sola y confundida, la ciudad ruega en vano el beso del rescate. Sola, dejada al amparo de sus recuerdos, entre conchas sonoras y sal, aroma de mar y bruma. El mar la embiste incesantemente, la va minando cada día, cada hora, inclemente y cruel.



- ¿Qué hay, Brayan?
—Como la ve: llevándola suave.
—Buen Dios: por el amor del cielo, muchacho, busque qué hacer.
—Estoy un poco cansado, hermana, solo un poco cansado.
—¿De qué? Corte la tontería.
—No es broma, me siento cansado.
—Venga conmigo, Brayan, Clark no está.
—¿A qué? ¿A que me haga agua la boca?
—¡Quién sabe! Tengo unos huevos en casa.
—No me gustan los huevos.
—Bacalao.
—Tampoco.
—¿Qué le gusta?
—Nada.
—¿Ni siquiera esto? Venga, tal vez se le despierte el gusto.
—Regáleme cien pesos.
—Ah, necio, ni falta que hace. Hasta luego.
—Espéreme, Azuquitar: ¿por qué tanta prisa?
Caminan un trecho en silencio. Desde lejos el mar lanza un silbido que muere en las alas del silencio. Las palmeras responden con su mejor arrullo. Segundos después, todo vuelve al silencio.
—¿Cuántos años tenés?

—Dieciséis.

¡Dieciséis! Le calculaba veinte. Pero él no era un chiquillo, y eso tenía que ser demostrado. Unasavecillas surcan el cielo, manchando el límpido cielo, y se alejan en pos del horizonte. La calidez de la brisa despierta la sensibilidad de la piel, invitando a elevar los pensamientos hacia lo trascendente. Más allá del cielo parece haber algo real, algo concreto y verdadero. Pero abajo, en el pavimento, entre el barro y las piedrecillas sueltas, se pierde la noción de la belleza: queda sólo el vacío de la tosca calle, la necesidad y la ruina.

*
**

Cuatro años trabajando en el muelle, eran en verdad muchos años para un joven de su edad. Pero a los diez le calculaban quince, y eso le ayudó a colocarse de peón. Hoy, con el paso de los años, con las huellas de sus heridas y las deformaciones en sus manos, debía concretarse a recordar los intentos infructuosos que había hecho por salirse de su mediocridad: matricularse en la Escuela Nocturna, y asistir hasta el primer examen, ingresar a la escuela de comercio y salir gracias a la torpeza de sus manos, entablar noviazgo con una de las hijas de un señor acaudalado, y abandonarla gracias al choteo de sus amigos. Luego ingresó a la Iglesia San Marcos, haciéndose monaguillo. Pero también en esto como en todo lo demás, el choteo afuera y el antagonismo de los viejos adentro, acabaron con su ánimo. Soñó que había jugado el cuarenta y dos y pidió dinero prestado para comprarlo, y no salió ese domingo, sino dos semanas después, y no se ganó ni un pedazo.

Nada, pues, nada positivo. Condenación mil veces al infierno y jale.

*
**

Era casi de noche cuando abandonó la casa de la muchacha, y empezó a andar. A andar, simplemente. Ya había perdido un día de salario, podría reponerlo trabajando de noche. Pero estaba cansado.

Aquel día no pudo dormir. No por temor, y ni siquiera por angustia. Le hubiera dado lo mismo que Clark lo sorprendiese con su mujer. Pero había una especie de sequedad en su cuerpo. “¿Qué será lo que me pasa? —se preguntó varias veces—. ¿Tendré lepra?”

Ahora, caminaba. Caminaba sencillamente.

Pasaron las horas. Las campanas de la Catedral dibujaron cruces en el lento atardecer porteño. Llegó a su olfato el olor a incienso, fresca y ple-garias en latín. De repente tuvo la impresión de estar en el templo: las velas, las lujosas vestiduras del sacerdote, la voz temblorosa del coro; estaba en el templo, junto a la grey, pero separado de ella, huérfano de fe. Su vida no tenía sentido: lo había perdido eventualmente, entre la sal del puerto y el murmullo incesante de las palmeras.

No supo a qué hora empezó a subir la cuesta de Jamaica Town, con sus pies deshechos, clamando por un descanso. Pero era imposible detenerse. No podría soportar tanto peso en un solo sitio: forzosamente tenía que seguir caminando, arrastrado por la terrible sensación de estar del todo exhausto, pulgada a pulgada, piedra a piedra, paso a paso . . .

¿Y para qué subía la colina? Para nada.

*
**

—Hey, compañero, ¿qué pasa?

—Nada.

—Estás con agüita.

—No, estoy un poco cansado.

—¡Ah! ¿Se lo bebe?

—Diay, no tengo plata.

—Yo invito.

—Bueno . . .

Entraron en la cantina y se acomodaron en el bar.

—¿Venís de allá?

—Sí.

—Oye, como que tenés pasto por aquí.

—No, nada de eso.

—¿Y entonces?

—Caminaba.

—¿De veras?

El tiempo continuó, mientras guardaban silencio. El licor se deslizó calladamente hacia los intestinos. Brayan sintió de repente que se había encendido la mecha, y ahora sí, sin remedio, iba a estallar definitivamente. Habló:

—Condenación al infierno y jale. Estoy abrumado. Estoy harto de esta condenada rutina. ¿Me entendés? La misma carambada todos los días.

—¿Qué rutina, man?

—¿Te parece poco? Uno se levanta y apenas puede medio tragar el café. Se va a trabajar, y después a comer, luego orina, defeca, toma guaro, juega al beisbol, se acuesta con alguna partida, y luego se duerme. Y todos los días lo mismo. ¿No es eso pura tontería?

—Pues, verás: estamos en un mundo absurdo, creado por un Dios que nadie entiende y todos tratan de explicar.

—¡Con todos los demonios! Tenés razón.

—Que si la tengo. Uno mira esta porquería y dice: o el que se jaló esta vara es infinitamente inteligente, o se jaló un tortón.

—¿Un tortón?

—Sí. ¿Qué sabe uno? A lo mejor metió las de andar.

—Ah —suspiró Brayan—, ¡por mí! Lo que yo quisiera es quitarme este peso de encima. Me está estripando, man.

—¿Qué peso?

—Cho, ¿qué te pasa?

—¡Cómol, “qué me pasa”.

—Pues que uno te está hablando y estás como en la luna.

Sospechaba ahora una absoluta soledad. Nadie estaba con él, nadie comprendía. Nadie estaba interesado en sus problemas: ni la muchacha que buscó su propio deleite, ni este amigo, cada vez más ausente.

*
**

La calle es cruel, vacía, absurda. Arrastra su largura sin sentido más allá del alcance del ojo. Y sigo con mi peso, con el frío de esta lenta agonía, calcinada, detenido precisamente aquí en este punto. ¿Quién lo creyera? Cuando niño anduve por estas mismas calles con las lombrices haciéndome pedazos. Era entonces un niño barrigudo, y lo recuerdo casi con orgullo. Anduve por estos mismos caminos, con el trompo apresado entre las manos, con las cani-

cas en las bolsas, cuarenta yardas de mecate, y un tarro de carnada. La vida era entonces algo bello. Acaso pudiera volver ahora, junto a las conchas secas, resonantes en el sol y la bruma, relucientes sobre la arena mojada por el mar o por la lluvia. Acaso pudiera volver, con mi carga enorme clavada en la espalda, y dejarla allí en el hoyo que la tortuga suele abrir en la playa. Acaso pudiera volver.

Y con qué nostalgia digo que el amor de las negras bonitas dura poco. Digo, yo tuve la culpa. Digo, yo le presenté al gran Luter. Pero digo, uno no puede sentir rencor por Luter, porque él es grande. El amor de las negras es como las olas que lo embisten a uno y luego se alejan. Apenas como las olas; siempre como las olas. Apenas el mar. Siempre el mar. ¿Qué valor tengo? Solo la sal que he recogido del mar. Marineramente diciendo plomo sobre la frente —digo, que después de todo— y si alguien dijera... el peso que después de todo me arrastra y consume primeramente mente...

Condenación, ¿qué estoy diciendo? Condenación mil veces al infierno y jale. ¿Qué dije? Dios mío: debo tener lepra. Eso es: tengo lepra.

*
**

Al amanecer hallaron su cuerpo rígido como un roble, con los pies clavados en la arena. En la playa, junto a sus pies, había dos palabras, escritas por un dedo robusto:

“DEMASIADO PESO”

Del significado que pudieran tener, nadie tuvo tiempo de ocuparse. A todos les bastó comentar la curiosa manera de morir, erguido, de frente al tiempo.

Una canción

Una carta

Hierva.

El agua sepultada en las venas de la tierra, y la tierra porosa, húmeda y el viento hierven. Contrastes. Un mundo heterogéneo reunido en los lindes del pueblo: contiene una unidad oculta que estalla en la policromía de su vegetación.

El ruido de los metales sofoca la queja de la tierra oprimida por la mucha necesidad, la angustia e intenso calor. Más fuerte que el sonido de los hierros carcomidos por el uso y el tiempo, se elevan los gritos; monótona plegaria de un pueblo que hierva.

“Pan bon, pan bon, pan bon, cocadas... patí, cocadas, patí, patí, patí...”

Intimo, en aquella correntada de melodía, se siente el ritmo de una raza que no sabe claudicar. En los ojos, en las voces. Siquirres hierva, se hace pedazos.

“Yucá, yucá, yucá, bofe... péscado...bofe... péscado... patí... patí, patí...”

Al detenerse el tren, los pasajeros se movilizan a prisa. Siquirres se destila a través de los poros del pueblo, se deshidratan los pechos, las gargantas de los niños se secan en la brasa ambiente. Asomándose por la puerta del carro-correo, el conductor hace una reverencia. Alguien sonrío en respuesta. Un niño descalzo pasa atropellando, persiguiendo apre-

suradamente una meta invisible. Resbala, cae, se levanta frotándose las manos, y sigue indiferente a todos, perdiéndose en el anonimato.

—¿No compra el señor . . . sabrosas cocadas?

—Compare: son mejores estas guisadas.

—Tres paties. ¿Están frescos?

—¿Y qué esperaba?

—¿Cómo dice?

—Que están ricos, y luego no he dicho nada.

Surgen de los carros del tren, el alimento de un pueblo, el licor legal para entontecer los sentidos, y el hielo para amortiguar el calor intenso que lo consume.

Una vieja espera con los ojos llenos de esperanza. Su rostro, contaminado de senectud, plétora de arrugas; el pelo en desorden; un delantal que cuelga de su cintura, simbolizando el espíritu creador que mora en ella; sus dedos se asoman desafiando al mundo por las roturas del calzado.

Cruel, casi inhumana, una voz destruye su fe: "no, Miss Spence, no hay cartas para usted hoy."

El viento recoge la voz, jugueteando con ella. El viento clava en el aire la puñalada salvaje de su risa; la burla, demasiado pesada para que la sostuviera el aire, cae sobre las piedras haciéndose pedazos. El eco recoge el cuento y lo publica en el oído, en los ojos, en la nariz, y en la boca de la vieja: "no, Miss Spence, no hay carta para usted hoy: no habrá nunca." Pero con todo, ella conservaba su esperanza.

Lento, el tren reanuda su marcha, sofocando con su característico ruido el rumor de aquella letanía de pan. El viento se despliega, se esparce, se recoge,

arqueando remolinos, robando la súplica del pueblo para convertirla en nada.

Los brazos agitan adioses; tanto sudor, tanto peso no permite más. Unos muchachos se cuelgan del coche en marcha, jugando inútilmente con sus vidas. Más adelante se desprenden y corren un trecho antes de detenerse y volver.

Siquirres hierve, suda, se hace pedazos.

—Miss Spence (¿era el Angel de la Resurrección, o era el aire?).

—Miss Spence, Lippo te llama: dice que sí encontró una carta suya.

La vieja trató en vano de captar la risa del viento: el viento callaba.

Cuántos interminables días había hecho el mismo viaje, durante los dos últimos años. Múltiple la ciega fe en Dios, abundantes las oraciones. Bajo la lluvia a veces, otras soportando el quemante sol de la llanura; agua y sol igualmente inclementes. Y otras veces, cuando ni llovía ni había sol, hubo de soportar no obstante la incomodidad de arrastrar un cuerpo de cincuenta y siete años, desde Brooklin hasta el centro, sin poder librarse del intolerable calor, y sentarse en las bancas de madera, hechas más para mortificar, que para descansar el cuerpo, y luego, ya extenuada por la miseria, la angustia y el calor, obtener de Lippo —que ya ni se fijaba— la misma despreocupada y maquinal respuesta: “no, Miss Spence, no hay cartas para usted. No, señora, no hay nada, señora”.

Hoy el mundo expandía su horizonte: su hijo ha escrito. ¿Acaso no reconocía su letra en el sobre? ¿Acaso no eran innumerables las maravillas de Dios?

*
**

Avanzaba costosamente.

No era fácil transitar la vía férrea, con sus incontables polines, sus piedras afiladas, sus pozos de barro: los pies, apenas cubiertos por lo que alguna vez fue un buen par de zapatos; le fallaba la vista, la traicionaban los años.

Había que ir paulatinamente, como las mulas al atardecer, con su pesada carga de cacao a cuestras; como la vida de Siquirres: lenta, nunca apacible.

Siquirres hierve siempre.

Llegó por fin a la pequeña choza, que era albergue de toda la familia. Siete cabezas asomaron por las ventanas: siete rostros distintos, precipitándose como polluelos hacia las alas de la madre.

Siete hermanos. Faltaba solo uno: el mayor, que vivía con su madre. Los otros, agrupados en su torno, le hacían más difícil la vejez. Pero ¡qué remedio! Eran carne de su carne, sangre de su hijo.

La abuela avanzó acelerando el paso. Iluminábala un rayo de esperanza, cuyos destellos ya cubrían a los niños. Rompió el sello y se quedó mirando la carta y dentro de la carta un hermoso billete. Un soplo de aire amortiguó ligeramente el calor del medio ambiente, y se alejó portando preces, buscando a prisa los oídos de Dios.

Ese domingo los niños comieron pescado, por primera vez en dos años. El domingo después de Pascua había hecho arroz blanco y pescado y como todos los años, los niños llegaron, uno a uno, acompañados de sus respectivas madres. Desde entonces nunca pudo darse tal lujo. Los niños se chuparon

con toda razón los dedos, el plato, la lengua y por último los dientes.

Ese domingo también compró dieciocho pedazos del cuarenta en lotería clandestina y diez pedazos de lotería panameña, y por persuasión del diablo compró también diez pedazos de lotería nacional. Pero la suerte le había sido adversa hasta el momento: salió el treinta y ocho. "Anduve cerca —pensó—; tal vez pegue la lotería nacional más tarde."

Disfrutó viendo a los niños comer. Los pobres. Engendrados así porque sí. Al principio dudó de que fuesen sus nietos, pero conforme crecían se perfilaban con más claridad los rasgos de la familia Spence. Y eso le bastó para encariñarse. Eran sangre de su sangre.

¿Qué culpa tenían de tener tales madres? Y por otro lado, ¿cómo había hecho su hijo para engendrarlos, si se toma en cuenta la astucia de esas mujeres? Y cuán poca profundidad de espíritu la de ellas, al no querer a sus propios hijos.

Cómo había luchado ella con los tres suyos. Vivió para ellos. Sobre la tina, sobre la palangana, sobre la estufa: vivió para ellos. Renunciando a sus propias posibilidades de progreso y felicidad —proposiciones honestas y deshonestas— siguió fiel a sus hijos, dándose. Y hoy, con igual amor cargaba con sus nietos, y por eso mismo con el desprecio de los vecinos, para quienes ella era la más grande idiota de toda la provincia atlántica.

"Miss Spence —anunciaron una a una—, voy a dejar el chiquito aquí. Es nieto suyo, y el papá se ha escapado." "Se equivocan si creen que lo voy a mantener."

—Pero . . .

—Usted es la abuela: entiéndase con su hijo.

“Miss Spence, aquí le dejo su nietecito, vea a ver qué hace con él.”

Así, simplemente. Sus cabecitas pobladas de pelo crespo, sus ojos llenos de esperanza, se fueron quedando con ella. La vecina la tenía por tonta. Hasta el padre le había dicho que no era su obligación cargar con tal responsabilidad. Pero ¿qué hacer? ¿Qué hubiese hecho el padre con sus nietos si los tuviera?

Eran sangre de su sangre, carne de su hijo.

Tampoco era cosa de arrepentirse. Los niños compensaban con alegría.

Así transcurrieron los dos años de silencio. Ella lavando ajeno, vendiendo cajetas, tortas de plátano y pudín de yuca. Con eso procuró el pan cotidiano; por lo menos el pan. Pero luego, tanta responsabilidad fue minando sus fuerzas, hasta enfermarla. Mas conservó la fe. “El sabe que tengo los güilas. El no me defraudará. El no me escribe solo porque no tiene qué mandarme. No me escribe solo por eso.” Y, como si lo hubiera oído, así decía la carta. Además revelaba otras cosas más tristes, las que su corazón de madre había presentido. Sin embargo, ya le iba mejor. Había comenzado a ganar bien, lo cual era muy importante. Además, se había matriculado en el Colegio Nocturno, y eso era más importante aún.

—Y yo que creía que para él ya era tarde. Mi muchacho.

Así les dijo a quienes señalaban los defectos de su hijo: mi muchacho, ya van a ver de lo que es capaz.

*
**

Alguien musitaba en la densidad del viento una especie de poema gris. Ocho hijos, siete de tales madres. Huir una madrugada diciendo: mamá, no aguanto más, voy para la capital. Pasar dos años en silencio, y escribirle por fin, una carta de una sola página. Y el colmo: incluir en la carta un billete de cien pesos. Alguien musitaba las cosas de que era capaz su hijo, en la densidad del viento.

Pero él era también capaz de otras cosas. Estaba demostrado. Aspiraba a superarse, al contrario de Bromly y Agnes, que seguían en Limón ganándose una cochinada. Besó la carta, sintiéndose dichosa. Dejó estampada en la hoja una mancha de aceite de coco, olorosa a pescado y a cebolla.

*
**

Afuera, todavía hervía el agua en las venas de la tierra.

GLOSARIO

Blues: canción nostálgica propia de las culturas negras.

Bluf: farsantería.

Güel-ai-bi-dam: Well I be damned: sea yo condenado.

Sankí: vieja forma evangélica de canto, ya en desuso.

Yuca, patí, etc.: comidas típicas de la Provincia de Limón.

INDICE

Una canción en la madrugada	11
Duelo entre amigos	21
La mujer de la capa blanca	25
Un regalo para la abuela	31
Las oropéndolas	39
Nueve días	43
La luz del vigia	49
Dos caminos	57
Demasiado peso	61
Una carta /	73

Este libro se imprimió en los Talleres Gráficos de
TREJOS HNOS. SUCS., S. A.,
en el mes de abril de 1981. Su edición fue acordada
por el Consejo Directivo de la Editorial Costa Rica
en sesión No. 307. Cantidad de ejemplares: 5.000
Papel del texto: Conaset 75 gramos.
Forro: Cartulina barnizable.
Diseño de portada: Osvaldo Salas.

Prohibida la reproducción de este libro.



"UNA CANCIÓN EN LA MADRUGADA", conjunto de relatos y cuentos cortos que Quince Duncan presentó a la Editorial Costa Rica para que considerara su publicación, fue acogido por la comisión dictaminadora con caluroso beneplácito. Por vez primera en casi un siglo un costarricense de tez oscura, venido del hondón anímico y social de origen jamaiicano de la provincia de Limón, llegaba a atestiguar literariamente y en español la presencia en tantos sentidos dramática y desgarradora, pero asimismo rítmica y vital, de una porción del pueblo costarricense, con sus particularidades étnicas e histórico-culturales, que no ha sido precisamente la más favorecida por nuestro cielo y tierra y aire y mar.

"Una canción en la madrugada" señala la desembocadura afluyente y confluyente en las letras nacionales de un joven de corazón anhelante donde aún resuenan los ecos de tambores transatlánticos y calipsos caribeños, y vibran intensamente nuestro grito y canción, fe de porvenir y conciencia de raíz propia.

